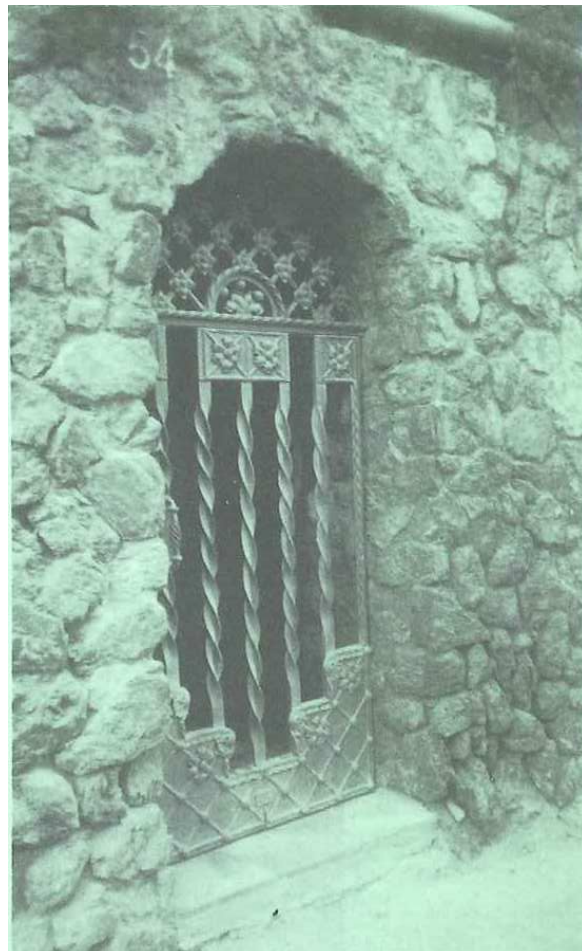


TEMA 4

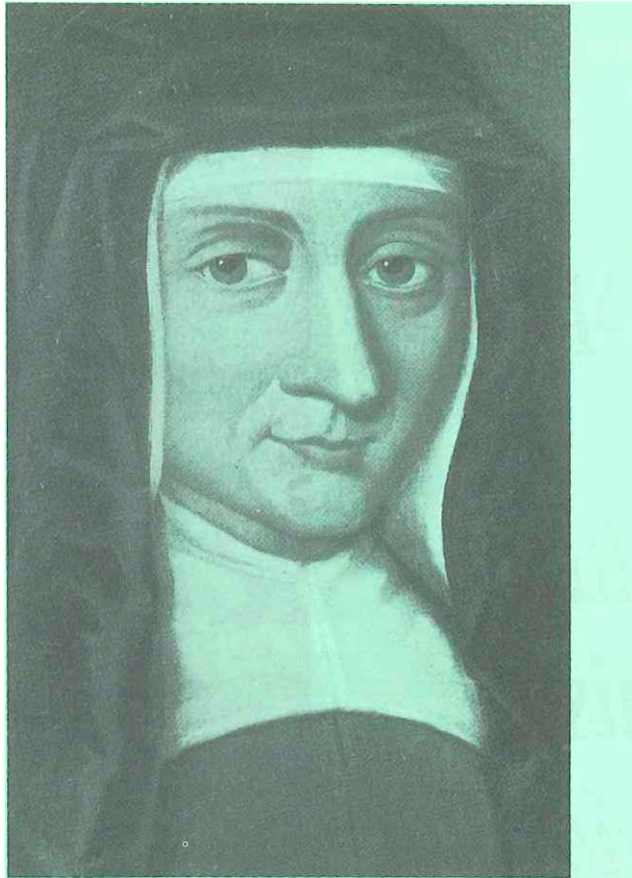
**El
Espíritu
que
condujo a
Luisa de
Marillac**



PARTE PRIMERA

EL DIOS ESCONDIDO

Benito Martínez, cm.



- Luisa de Marillac vive su «propia experiencia» como duro desierto, pero siempre... en búsqueda.
- Busca salir de lo que le ha dado la naturaleza y... descubre, en la dirección espiritual, la luz de la Fe que dé un nuevo sentido a su vida. Su dicha, iba a ser, el Servicio al Pobre.
- Estudia este artículo desde esta perspectiva: un alma en búsqueda... que llega a encontrar y te abre un camino.

Necesidad de Dios

Luisa de Marillac descubre su pequeñez

Cuando Luisa de Marillac contaba 15 ó 16 años examinó su vida. Miembro de una familia de la alta nobleza, los Marillac, no supo quiénes fueron sus padres. Un Marillac, Luis, la acogió como hija suya y la educó en un renombrado convento que era a la vez colegio- internado para niñas nobles. A la muerte de Luis de Marillac, nadie de la familia se hizo cargo de ella ni se comprometió a pagar el alto coste de la educación, y la pusieron en una modesta pensión para jóvenes sin gran categoría social dirigida por una señorita. Luisa tenía 13 años. Dos o tres años después se interrogó sobre el significado de su vida: pudo haber sido una noble y era, sin embargo, una pobre hija ilegítima, casi marginada; pudo haber gozado de una cuantiosa fortuna y tenía simplemente tan sólo para vivir sin olgu- ra. ¿Por qué?, era la pregunta que se hacía. A sus 15 ó 16 años, se veía una joven -casi una niña- impotente para luchar en medio de la gente que se esforzaba desenfrenadamente para alzarse en una sociedad organizada según la importancia de las capas sociales, como si fuera una pirámide. Se sentía sola y abandonada. Parecía como si fuera la vergüenza de su familia que, por otro lado, se confesaba creyente y hasta piadosa. El abandono la envolvía con el frío de la soledad. ¿Por qué -se interrogaba- me ha tocado a mí vivir esta vida, la mía?

Luisa de Marillac descubre la necesidad de Dios

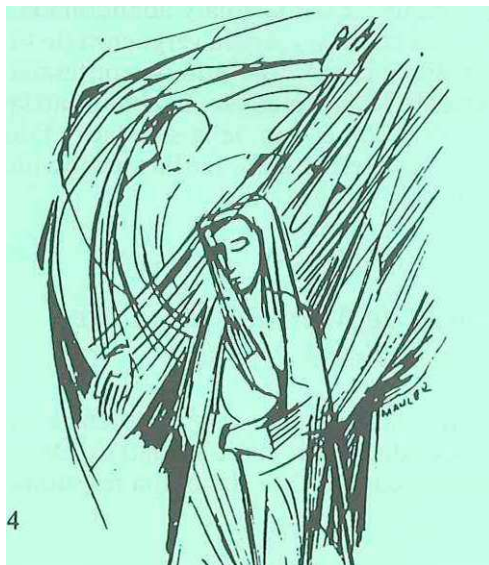
Ante su pequeñez y su impotencia en la sociedad sintió la necesidad de Dios, necesitaba que Dios diera una respuesta satisfactoria a su pregunta. Fue entonces cuando descubrió a Dios que salía a su encuentro y este encuentro se convirtió en oración. La oración fue el lugar donde primero se encontró con Dios. Una Hija de la Caridad, Sor Maturiana Guérin, que fue secretaria de Luisa, nos cuenta haberle oído decir que comenzó «a hacer oración hacia los 15 ó 16 años» (D 822).

La oración lentamente se convirtió en una experiencia de Dios que la invitaba a adentrarse en la contemplación o, lo que es lo mismo, en la santidad. Pero una vida espiritual sincera, una búsqueda de Dios es dura y terriblemente exigente. Sin embargo la joven Luisa de Marillac estaba decidida a encontrarle. Le necesitaba para que diera sentido a su vida. Sin EL su vida era una incertidumbre, sólo Dios podía darle una salida a la negrura de su situación.

Los primeros directores la llevaron al Dios de su santidad

Luisa de Marillac había elegido un camino hacia la santidad, pero no estaba segura si era un camino acertado, necesitaba a alguien

que se lo aclarase. Tampoco tenía seguridad en sí misma: si sería fuerte o flaquearía ante las exigencias de una vida entroncada en Dios.



Necesitaba a una persona amiga que la animara, le pidiera cuentas y le exigiera; y ella se vería obligada libremente a exponerle sus compromisos y en ella se apoyaría cuando se presentasen los obstáculos. En una palabra, necesitaba un acompañante o director que le interpretase la acción del Espíritu Santo en ella.

Se fijó en los padres capuchinos, los padres que dirigían a las religiosas capuchinas a las que se sentía atraída, emocionándose tan pronto como veía los muros de su convento

Los capuchinos franceses dirigían según la espiritualidad conocida como «mística abstracta»: procuraban inducir en los dirigidos la grandeza y la inmensidad de Dios por un lado, y por otro, la pobreza y la pequeñez de los hombres. Ante la grandeza de Dios el hombre debe humillarse y adorarle. Como un camino rápido, proponían el desprendimiento total de todas las cosas terrenas para unirse a la divinidad. A Jesús lo proponían poco y, cuando lo hacían, lo presentaban, ante todo, como Dios encarnado. Al fijarse en la humanidad de Jesucristo la veían co- , mo divinizada.

No cabe duda que a los hombres de hoy nos parece una espiritualidad dura y descarnada, pero así era la gente del siglo XVII. A pesar de todo, la joven Luisa encontró esta dirección apropiada a la situación de abandono en que se sentía. Hoy comprendemos con claridad que Dios le proporcionó la persona más apropiada para que la acompañara en aquellos años en que se sentía desorientada en medio de los sufrimientos. Los capuchinos la ayudaron a caminar sin desesperar entre la marginación y el abandono: el director capuchino examinó la vida y la psicología de aquella joven que se le presentaba y le hizo comprender que su vida desconcertante la había decidido desde la eternidad el Designio de Dios y ella debía colaborar para que



se cumpliera. De esta manera el director le dio un sentido a su vida y una razón para vivir.

Luisa encontró la paz y le desapareció la angustia. Su acompañante capuchino había logrado que saliera de aquel pozo negro que parecía sin salida. Lo que hoy nos parece inhumano, a ella la llenó de alegría: el sentido de su vida era cumplir una misión divina; colaborar con Dios a que se cumpliera su voluntad. ¡Valía la pena vivir!

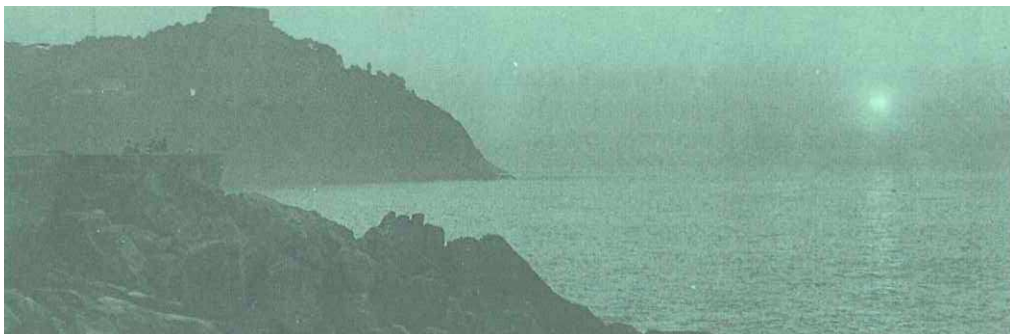
Luisa se casó a los 21 años con un burgués, Antonio Le Gras, secretario de la reina regente María de Medicis. Tuvo un hijo, Miguel. De casada siguió con el mismo director. Le convenía porque sentía que avanzaba en la santidad y porque también en su nuevo estado de casada no la abandonaron los sufrimientos. Los capuchinos la dirigieron durante 12 años: desde los 16 hasta los 28.

Juan Pedro Camus, obispo de Belley

El Espíritu Santo es quien propone a una persona desinteresada un acompañante que le interprete y le aclare su camino. Por lo tanto el acompañante y el director son una mediación de Dios. A través de los acompañantes, animadores y directores el Espíritu Santo dirige, encamina a las personas al seguimiento de Jesucristo. Para Dios llegó el tiempo de presentarle a Luisa una nueva mediación, un nuevo director.

Cuando tenía 28 años, se encontró con San Francisco de Sales y éste le aconsejó que cambiara de Director. Le propuso que tomara a su amigo Juan Pedro Camus, obispo de Belley. Este director seguía una dirección parecida a la que llevaban los capuchinos, aunque mucho más humanizada y alegre¹.

Luisa necesitaba, por estos años, una dirección más humana y risueña por dos motivos. Porque en su vida se avecinaba una tragedia terrible: su esposo había caído enfermo de muerte y el futuro económico de su hijo no se presentaba halagüeño, amenazándoles con la pobreza devastadora. Una dirección demasiado inhumana podría destrozarla y llevarla a la desesperación, porque Luisa era mujer afectiva con un amor hacia su hijo casi desconocido. No se podía tensar demasiado la cuerda del desprendimiento. Segundo, porque, además, la señorita Le Gras se adentraba en la contemplación, concretamente en la purificación pasiva de una dolorosa Noche mística. De 1621 a 1623, con ocasión de la enfermedad de su marido, Dios quiso purificarla con una



noche pasiva. Luisa, angustiada, acudía continuamente a su director, y éste, como un delicado psicólogo, procuró que no cayera en los escrúpulos, en la depresión o tirara todo por la borda. Necesitaba comprensión y alegría en medio de la lucha ².

Gracias a Juan Pedro Camus, Luisa caminó segura en la oscuridad de la Noche, hasta que en junio de 1623, cuando tenía 31 años, encontró la luz y la paz interior. Aún continuó con el mismo director otros dos años. En total, el obispo de Belley la dirigió unos seis años.

San Vicente de Paúl le descubrió los pobres y un nuevo camino de santidad

La vida de Luisa de Marillac seguía cambiando y el Espíritu de Dios le puso una nueva mediación, un nuevo director, para lo que Dios le pedía a aquella mujer. Era como si Dios la llevara de la mano, sin que ella se diera cuenta, hacia algo que ella desconocía, pero que Dios tenía bien claro: santificarse sirviendo a los pobres.

Juan Pedro Camus tuvo que ausentarse por mucho tiempo. Sabía que nadie puede avanzar en el seguimiento de Jesucristo sin un director a quien se pueda acudir fácilmente, y estaba convencido también de que nadie puede ser bien dirigido espiritualmente por carta. Por ello le aconsejó que tomara por director a un sacerdote, amigo suyo, Vicente de Paúl.

Cuando la señorita Le Gras se encontró por primera vez con su nuevo director, un aire de antipatía, casi repugnancia, entró en su alma. Ella fina, menuda, grácil; él rudo y áspero, con unas manazas de campesino; Luisa delicada, con una formación humanista exquisita, era ligera como una gacela; Vicente que no se distinguía por su formación humanista, parecía llevar dentro la fortaleza pesada de un toro. Pero después –ironía de la vida– la señorita Le Gras no podía dar un paso en su vida interior sin pedirle consejo. Es que el futuro pocas veces le había salido como esperaba. Y le había metido el miedo en su psicología llenándola de inseguridad para su vida espiritual.

De momento Vicente de Paúl no cambió nada en la espiritualidad de Luisa. Pero la mentalidad de aquel sacerdote reposaba en tres principios que le separaban radicalmente de los directores anteriores:

Primero: nadie puede hacerse santo preocupándose únicamente de su santidad. La santidad cristiana es la que se alcanza haciendo santo a los demás, especialmente a los pobres.

Segundo: la santidad consiste en la unión con Dios encarnado, en el seguimiento a Jesús evangelizador de los pobres. Es decir, la santidad cristiana se logra sirviendo a los pobres material y espiritualmente.

¹ Benito Martínez. *La señorita Le Gras y Santa Luisa de Marillac*. Salamanca (CEME) 1991, pp. 36-37.
2 SL. D 830, 831, 833, 834, 836, 837, 840, 842, 843. Traducción en ANALES 82, abril 1974, pp. 11-17.

Termino: según la conclusión que sacó Luisa de Marillac, después de dirigirse con él muchos años, Vicente de Paúl era el mejor director que había conocido, porque dirigía a cada persona, no como él quería, sino según era ella y de acuerdo con el camino que mejor le convenía (D 822).

«La contemplación sin acción es un angelismo ilusorio, y la acción sin contemplación es una filantropía materialista»

Teniendo en cuenta estos principios, Vicente acogió a Luisa tal como era ella y le aclaró su camino en consonancia con la espiritualidad que ya vivía. A pesar de todo, sin violentarla, le iba mostrando a los pobres que abundaban alrededor. Le señalaba, sin decírselo, la entrega suya en favor de la gente humilde, sin recursos materiales y postergados en la sociedad. Vicente de Paúl no tenía inconveniente en retardar y posponer la dirección de la señorita Le Gras para ir a evangelizar y atender a los pobres. De esta manera Luisa comprendió que ese era el único seguimiento de Jesucristo y la verdadera santidad. Así fue cómo descubrió que Jesucristo vino para salvar y liberar primordialmente a los pobres.

Juntamente con el servicio a los pobres, Vicente se esforzó en que Luisa supiera caminar sola y no estuviera pendiente a cada momento de él. Igualmente que se llenara de alegría.

Cuando Luisa contaba 37 años, hizo unos Ejercicios Espirituales y sacó la conclusión de imitar a su director, o mejor, ayudarle. En mayo de 1629 se ofreció a su director para servir también ella a los pobres. Como si Dios firmara lo acertado de la elección, unos meses más tarde recibió el don místico más grande que puede recibir una persona sobre la tierra: el Desposorio Místico. Fue en el mes de febrero de 1630, después de comulgar y mientras iba de camino para ayudar a los pobres de los alrededores de París. Nuestro Señor certificaba la verdad de la dirección vicenciana: hay que lograr la unión perfecta de acción y contemplación. La contemplación sin acción es un angelismo ilusorio, y la acción sin contemplación es una filantropía materialista.

Junto con San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac, tres años más tarde, fundaría la Compañía de las Hijas de la Caridad.

Conclusión

Dios, Jesucristo, tenía una misión que encomendar a Luisa de Marillac: fundar, organizar y dirigir la Compañía de las Hijas de la Caridad. Mejor aún, la misión de continuar la obra redentora de Jesucristo en los pobres por medio de la Compañía.

Como siempre, Dios actúa en este mundo por medio de los hombres, sus mediaciones terrenas. Una de estas mediaciones fueron los directores, animadores o acompañantes espirituales que le ponía en su camino. Luisa, cuando era una anciana, comprendió que cada uno de ellos fue apropiado para cada una de las situaciones en que se encontraba. En cada situación había un director que le aclaraba el camino y le interpretaba la misión que el Espíritu le encomendaba. Y esto desde los 15 ó 16 años.

Tanto ella como nosotros, hoy día, interpretamos que todo iba encaminado al encuentro con San Vicente de Paúl. Una vez aceptada la dirección del Santo descubrió con toda claridad la misión que le había encomendado Nuestro Señor. Vicente, acompañándola, fue una luz, una ayuda y un estímulo para desarrollar la misión.

Jesús no puede abandonar a las personas que se le entregan de buena voluntad, pero las atiende a través de guías o acompañantes humanos, y siempre, asimismo, en favor de los pobres.

BIBLIOGRAFIA

Santa Luisa de Marillac. *Correspondencia y escritos*. Salamanca (CEME) 1985. Siempre que se cita se hace con una *C* si es carta, y con una *E* si es escrito.

La Compagnie des Filles de la Charité. Documents. París (Maison-Mère) 1989. Cuando se cita se hace con una *D*. No hay traducción en español, a no ser algunos documentos en ANALES de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad.

Gobillón. *Vida de la señorita Le Gras*. Salamanca (CEME) 1991.

Benito Martínez. *La señorita Le Gras y Santa Luisa de Marillac*. Salamanca (CEME) 1991.

